

te en nuestras deliberaciones. *Hé aquí una de las quejas del vulgo* contra la filosofía. Se cree que nada se ha hecho con demostrar la inmortalidad del alma, si no se pueden *describir punto por punto esas tierras desconocidas*, hácia las cuales nos arrastra el tiempo. ¹»

Hé aquí, pues, reducida esta grave preocupacion del destino del alma despues de la muerte á las proporciones de una curiosidad vulgar, del mismo órden pocas ó ménos que la que nos llevase á buscar en la luna *tierras desconocidas*. Pero la filosofía hace ya mucho con asegurarnos la existencia de la vida futura; no le preguntéis mas, porque seria traspasar todos los límites. Sin embargo, puede ir mas allá, con tal de abstraer desde luego lo que concierne al castigo de los culpables. «La naturaleza de este castigo, dice, nos es indiferente.» Mas el corazón humano rehusa mirar semejante cuestion como indiferente, y el consejo que se le da, le parece una amarga burla. ¿Qué hace, pues, Mr. Simon? Llamar en su ayuda la retórica de Rousseau, y citar estas palabras del *Vicario saboyano*: «No me preguntéis si los tormentos de los malos han de ser eternos, ni si es propio de la bondad del autor de su sér el condenarlos á sufrir para siempre: lo ignoro, y *no tengo, por otra parte, la vana curiosidad de ilustrar cuestiones inuitiles. ¿Qué me importa lo que ha de acontecer con los malvados? Su suerte me inspira poco interes.* Sin embargo, tengo dificultad en creer que sean condenados á tormentos infinitos. ²»

San Bernardo confesaba que no podia ménos de temblar con estas palabras: *¿Quién sabe si es digno de amor*

¹ *La Religion naturelle*, 1.ª edicion, p. 327.

² *La Religion naturelle*, p. 347.